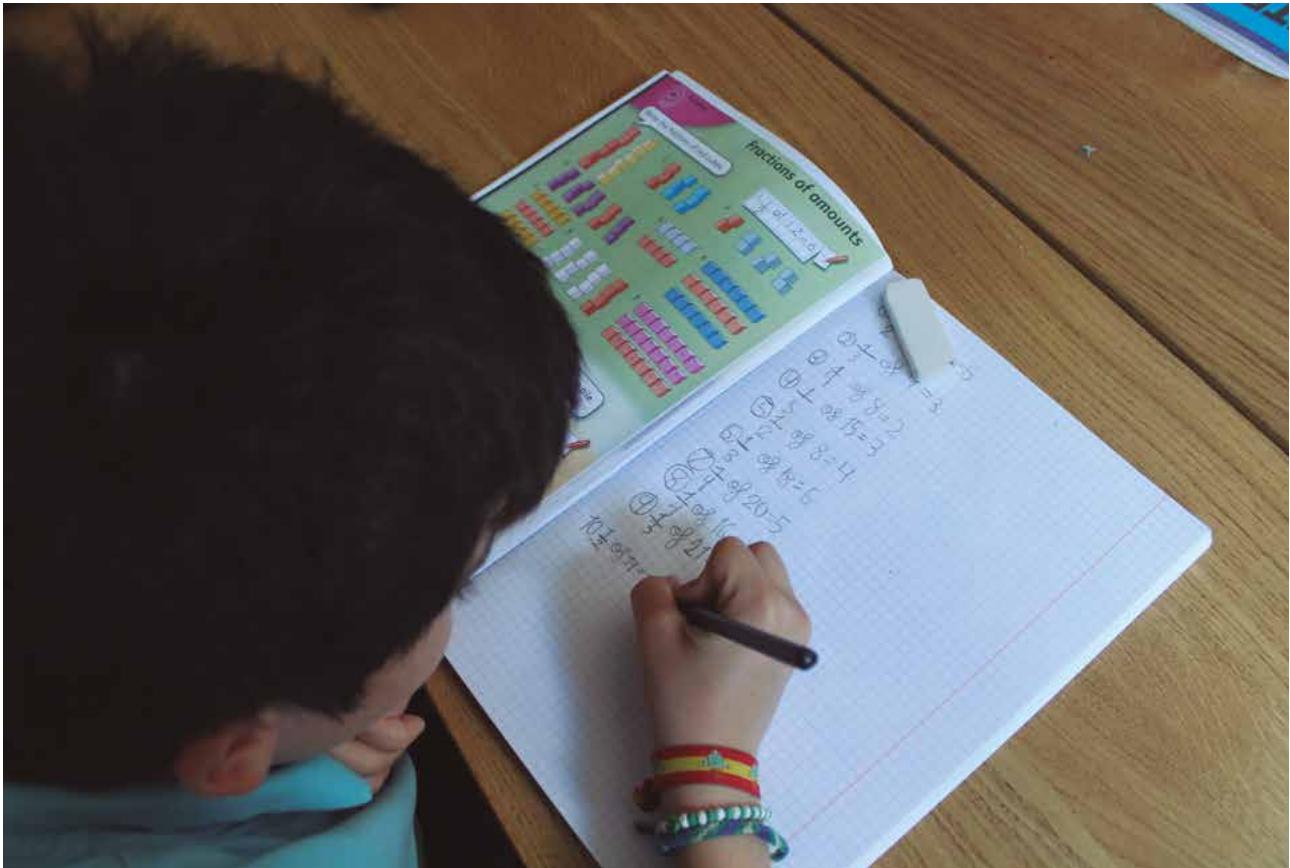




Eres un artista



No encontrarás nada que no sepas en este artículo, quizá ya lo habías reflexionado, pero no quería quedarme sin decirte que, si eres maestro, bien profesor, o bien padre, tienes el deber de pararte a pensar qué vas a enseñar. “El cómo” está muy estudiado y cambia rápido. De hecho, “el cómo” nos entretiene de nuestro propósito real. Enseñar también es un arte y tú eres el artista. Cuanto más delicado sea el trabajo, más orgulloso estarás del resultado.



Milagrosa
Ruiz Delgado



Centro Intelecto de Especialidades Psicológicas
de Jerez de la Frontera

milagrosaruizdelgado@gmail.com



<https://www.linkedin.com/in/milagrosa-ruiz-delgado>



[@milaruizpsico](https://twitter.com/milaruizpsico)



Cuando era pequeña vivía en un pueblecito de La Alcarria. El colegio no albergaba a muchos alumnos. Teníamos clases unitarias y coincidí algún año con mis hermanas mayores.

Había un profesor que al entrar en clase desplazaba todas las sillas y mesas contra la pared. Bueno, más bien, nos mandaba arrinconarlas, como otros profesores mandaban al que se portaba mal durante las lecciones al último rincón lejano en la pared del perchero. Sillas y mesas castigadas.

Esto permitía un amplio espacio para movernos por el aula.

—Preparaos —decía.

Puede que fuésemos un par de decenas entre todos, incluso menos. Nos colocábamos formando una media luna bastante grande. El espacio abierto dejaba libre la visión de la pizarra. Veníamos a ser a vista de pájaro como el dibujo de la Luna Menguante. Luego, nos sentábamos en el suelo. Él también. Se colocaba en el espacio que quedaba abierto. Nos tenía a todos bien localizados, a pesar de sentarnos cada día al lado de quién considerásemos oportuno, sabía bien por dónde encontrarnos. Comenzaba la clase.

Nos enseñaba sociales, naturales, religión o música. Si era expresamente necesario se levantaba para anotar algo en la pizarra, pero normalmente pedía que lo hiciéramos alguno de nosotros. Al

final era como hacerlo él, pero con una de nuestras manos.

—Vosotros sois niños y no os cuesta tanto levantaros y escribir como a mí — solía decir.

Pienso en él a menudo. No era mayor, eso lo veo ahora. Entonces, me lo parecía. Nos hizo entender que le costaba levantarse del suelo y escribir en la pizarra.

—¡Tirad! —gritaba. Y todos a una tirábamos de sus manos. Se incorporaba y daba las gracias tocando nuestras cabezas.

Ahora lo veo. No le costaba levantarse. No era tan mayor. Consiguió que nos sintiésemos especiales creyendo que él sin nosotros no podía hacerlo. Que él nos necesitaba. Nunca me paré a pensar en que se sentaba en el suelo sin dificultad. Ahora que casi rondo los 40, sé que sentarse a ras de suelo sin tambalearse es casi tan complicado como levantarse. Cuando eres niño no te fijas en esos detalles, lo que quieren que veas es más fuerte que tu pensamiento reflexivo.

A veces, en clase de Matemáticas lo hacía todo al revés. Las mesas y las sillas se colocaban en círculo. Nosotros en fila contra una pared. Tocaba repasar las tablas. Nos convertíamos en fichas gigantes en un tablero con niveles. Las sillas albergaban sentado al que se equivocaba:

—Andrés, 6 x 9.

Si el susodicho erraba, le tocaba sentarse y debía esperar un turno así. Por otro lado, la mesa era la casilla del acertante. Nos hacía subirnos encima, de pie. ¡Cómo para no sentirse triunfador! Desde esa posición a nuestros 7 u 8 años nos sentíamos muy grandes.

Ya he comentado que era un aula unitaria. Los pequeños también jugábamos. Siempre había algún mayor que nos chivaba el resultado. No solíamos ganar, pero nos lo pasábamos bien y, aprendimos las tablas antes de tiempo, que tal vez no era el propósito, pero sí fue el resultado. Éxito asegurado.

Las horas pasaban muy rápido con este profesor. No solo pasaban rápido, sino que era de esos profesores que te enseñaban para no olvidar. Al fin y al cabo ¿no debería ser este el objetivo de



cada maestro, el de tatuar, fijar o sellar en nuestro cerebro los aprendizajes?

Pasados los años he ido teniendo muchos profesores de diferente estilo y condición, los que llamamos “de la antigua escuela”, modernos e innovadores, aburridos o divertidos. Pero lo importante no es tanto el cómo, sino el qué enseña un profesor.

Como bien decía una de mis maestras de la universidad: “Cuando somos profesores debemos fijarnos más en lo implícito que lo explícito de nuestra enseñanza”.

Es una frase que nos invita al menos a un instante de reflexión. Vamos a extrapolar esta frase a la mesa del comedor de una familia corriente. Ese momento en el que niños y padres se sientan a compartir algo más que espacio y tiempo para alimentarse.

Imaginemos que es mediodía, las noches suelen ser más cansadas y por lo general los adultos tendemos a elevar nuestras exigencias con los niños. Nos ponemos inconscientemente más irascibles. Así que, es mediodía de un sábado. La mañana ha sido corriente, la compra en el supermercado, revisar qué tareas tienen para el fin de semana los niños, llevar unos zapatos al zapatero, poner alguna lavadora, un rato de juego... Todos tenemos hambre. Uno de nuestros hijos interrumpe la conversación que estás teniendo con tu pareja. Le pedís que se espere. Tu hijo se pone a hablar con su hermano y al rato le preguntas qué quería, interrumpiendo esta vez tú su conversación. Una mala mirada cuando algo te molesta, un mal gesto, un suspiro. ¿Qué enseñas? ¿Lo que dices o lo que haces?

La comida en familia es un hervidero de ilustración implícita y explícita. ¿Cuál tiene más fuerza? No se trata de poner esto en una balanza, sino de reflexionar en la atención que ponemos en corregir y decir a nuestros hijos cómo deben hacer las cosas, cuando el qué sí o el qué no deben hacer se lo enseñamos con cada uno de nuestros gestos sin mediar una palabra.

Volvemos al aula. En este caso cada profesor con sus características personales, como decía antes, enseña a sus alumnos lo que quiere enseñar y también lo que no. Hasta cierto punto podemos sen-



tir que tenemos dominio de la enseñanza. Pero nunca debemos olvidar aquello que también enseñamos sin querer.

Ese profesor de la infancia me enseñó más que geografía o matemáticas. Me enseñó que un aula no es un espacio cuadrado de mesas y sillas, donde el alumno aprende y el profesor enseña. Me enseñó que un aula es un espacio tan ancho como tú quieras, que a lo largo y a lo alto avanzamos y crecemos y que lo que se aprende desde el entretenimiento y a modo de juego, no se olvida.

En aquellos días rondaban los finales de los 80 y principios de los 90. Se había creado un puente que iba de “la letra con sangre entra” al aprendizaje por motivación e implicación del alumnado.

A día de hoy, buscando una doctrina mejor nos hemos centrado tanto en el entretenimiento y la diversión como modelo de aprendizaje que —sin más que mi humilde opinión— hemos descuidado la enseñanza del esfuerzo y la constancia. Y es que en esa doctrina existe una grieta por la que uno puede caer al vacío.

El juego es en sí mismo un estímulo para el niño, en este caso para el aprendiz. Desde cualquier área o asignatura podemos emplearlo para alcanzar un objetivo, pero hay que estar atentos a la fina y delgada línea que lo separa del entretenimiento por el entretenimiento. Pues de todos es sabido que a uno no le

Diferentes juegos
educativos que ayudan
al desarrollo cognitivo
de los alumnos



Alumnos de un colegio concertado haciendo una *gymkana*

gusta jugar a lo que no se le da bien. Por eso, el objetivo de introducir la mecánica del juego en el aula no puede ser entretener. El objetivo siempre debe ser que el alumno aprenda. Esto es muy importante. Hay que detenerse de nuevo en el qué se aprende y no en el cómo. El cómo siempre sufrirá variaciones. Avanzamos, investigamos, damos con nuevos métodos, profesores, como decía antes más o menos cercanos, innovadores y divertidos, pero no es el objetivo de la enseñanza. No.

Hablaba hace poco con una amiga sobre este tema. Me decía que en el colegio de su hijo el aula se había convertido en un patio de recreo. Ella achacaba parte del problema a la pérdida de seguimiento del libro de texto de las editoriales. Bueno, a mi entender, este análisis es excesivamente simple. Dejar el libro en la cajonera y llevar una enseñanza por proyectos de investigación, que poco a poco se va instaurando con más firmeza en España y que ya está avanzado en otros países europeos, es un buen recurso si miramos la educación como un proceso flexible y dinámico. Es evidente que la investigación y la práctica favorecen el aprendizaje. De hecho,

quién no tiene guardado en su memoria ese vasito de yogur Danone, Yoplait o Clesa con un poquito de algodón y unas lentejas o garbanzos que crecían rápidamente con el riego. Eso no se nos olvida, ¿verdad?

Pero la enseñanza a través del juego es un arma de doble filo. Sin alarmarnos, hay que tener en cuenta que el juego, incluso el de La Oca, tiene un refuerzo directo, bien positivo o negativo, que es avanzar en las casillas. El cero no existe en el dado. No existe no avanzar si te toca jugar a ti. Existe caer en el pozo o dormir en la posada, pero no existe no avanzar si te toca tirar el dado. Los juegos siguen esa dinámica de estímulos y refuerzos. También los que no usan dado. En cambio, no olvidemos que educamos personas para vivir en una realidad social, en la cual el dado sí tiene cero. Es decir, no siempre avanzamos cuando nos toca tirar. Y, a veces, el cero existe durante un largo periodo de tiempo. El niño debe aprender que a veces tiras el dado sin resultado una y otra vez, pero al final un dado es probabilidad y cuantas más veces lo lances, más posibilidades tienes de sacar un número alto y avanzar. Ese debería ser el fundamento de introducir el juego como



modelo de enseñanza, que el que la sigue la consigue. Es decir, el esfuerzo y la constancia son avance seguro.

Y es que, en esa búsqueda del cómo enseñar mejor, sin descuidar el qué enseñamos, está el secreto y el equilibrio perfecto del aprendizaje de las personas.

Los cerebros son como una gran masa de Blandiblu. ¿Recordáis el Blandiblu? Esa masa pegajosa verde que se te escapaba entre los dedos y que podías estirar casi infinitamente. Bueno, infinitamente puede que sea exagerar, pero se podía estirar muchísimo. He oído a veces que los niños son plastilina que debemos moldear con nuestras manos. La plastilina se va endureciendo cuanto más la manoseas. Me gusta más si tenemos que comparar con algo viscoso, pensar que somos Blandiblu. Los adultos también, porque nosotros también aprendemos. Tenemos en nuestras manos esos cerebros blandos, flexibles, que podemos alargar en su crecimiento cognoscitivo casi infinitamente. Y esta vez, sin exagerar.

Voy llegando al final de mi reflexión. Me gustaría pensar que no os habéis cansado de leer y que aún os interesa lo que tengo

Hay que detenerse de nuevo

en el qué se aprende y no en

el cómo. El cómo siempre sufrirá

variaciones

Libro de texto y juegos de razonamiento con una tablet para el aprendizaje de las matemáticas

que deciros. Me queda un tema que considero importante en esta búsqueda de qué enseñar, en contraposición al cómo enseñarlo. Y, ojo, no pretendo enfrentar el qué con el cómo, pero sí llevar vuestra mirada hacia algo que considero que, con tanto proyecto nuevo, tanto avance en la metodología y tantas propuestas innovadoras, se ha ido descuidando.

Como hablaba del peligro de entretener por el mero hecho de entretener y mantener al alumno continuamente motivado, me ha venido a la mente el uso de las nuevas tecnologías en el aula. Si queremos introducir el juego con las nuevas tecnologías como herramienta, la grieta



por la que podíamos caer, crece vertiginosamente. Quizá nos venga bien usar arnés, un “por si acaso nos caemos”.

Ya sabemos que los juegos y videojuegos están pensados para atrapar la mente del jugador. Además, de tener un refuerzo casi inmediato en los primeros niveles, los juegos son diseñados incluso con la trayectoria que el jugador va a llevar. Algunos juegos de estrategia, que parecen muy adecuados para el desarrollo cognitivo de los niños, son en realidad un aprendizaje lineal que no permiten al jugador dar una alternativa diferente a la propuesta por el mismo juego.

Sin querer me podría meter en terreno fangoso, pero este texto busca la reflexión, o al menos, hacer girar la mirada hacia un lado que quizá —sin que no nos lo señalen— no miraríamos. Por eso, he de decir que todo lo que piensa el jugador, incluso la solución más inteligente y creativa al problema que le plantea el juego en sí mismo, ya estaba pensada con anterioridad por otra mente, ya existía esa solución, entonces no tan creativa, para que el jugador la eligiese.

Todo ello, nos vuelve a llevar al “¿Qué quiero que aprendan mis alumnos?”. Si queremos entretener en la búsqueda de ese aprendizaje, debemos tener en cuenta que el mejor aprendizaje es el que se alcanza desde un pensamiento libre, reflexivo y autoevaluativo, o sea, esto lo he hecho bien, esto no me ha servido, esto podría haberlo hecho de esta otra forma, etc.

El mundo tecnológico nos ha aportado un extenso abanico de herramientas en el espacio de enseñanza y, por supuesto, debemos hacer uso de él, pero nunca olvidemos que si tenemos el entretenimiento como objetivo para alcanzar un aprendizaje, es muy probable que no pisemos suelo firme.

El gran reto está en conseguir el equilibrio entre el instrumento y el instrumental. Así, os dejo pensando que tenéis un gran tronco de madera que tallar, podéis usar un hacha, una sierra o escoger de un maletín una gubia fina y delicada. En el último caso, tardaréis mucho en ver los progresos, tal vez no consigáis lo mejor, pues depende de la madera que tengáis entre manos, y también de vuestra destreza en el uso del instrumental, pero seguro, sabréis que habéis hecho el trabajo con tiento y atención, mirando dónde ponáis la herramienta, cuánto apretar o profundizar y, lo más importante, qué tipo de obra de arte queráis ver al final de vuestro trabajo. Y nunca olvidéis limar con sutileza al final. Es una maravilla pasar la mano por una madera bien tallada •



PARA SABER MÁS

DESMURGET, M., & FERNÁNDEZ, C. L. (2020). *La fábrica de cretinos digitales: Los peligros de las pantallas para nuestros hijos*. Ediciones Península.

GARCÍA, L. J. (2021). *Aprendizaje para la vida: Más allá de las teorías* (1.ª ed.). Plataforma.

IZUZKIZA, J. (2021). *Borregos que ladran: Reimaginar la educación desde la experiencia de un profesor que nunca supo progresar adecuadamente* (Libros de Encargo n.º 2). De conatus.



HEMOS HABLADO DE

Entretimiento; aprendizaje; aburrimiento; juego; nuevas tecnologías.

Este artículo fue solicitado por PADRES Y MAESTROS en marzo de 2021, revisado y aceptado en mayo de 2021.